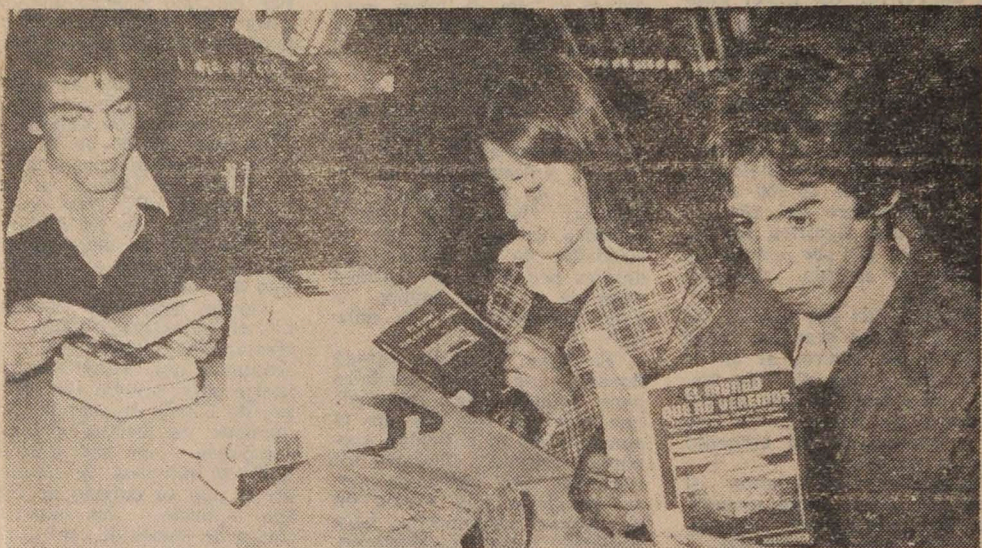


La lectura está en onda



■ Una reciente encuesta realizada en los principales países de Europa, ha revelado que el hábito de la lectura se ha incrementado. Curioso e interesante resultado en un mundo en que la comunicación por imágenes se populariza día a día.

La ley del menor esfuerzo debería haber desterrado hace rato a la lectura, que implica el trabajo de reconstruir en la mente la palabra escrita. La audición y la visión son más directas y no proponen mayor actividad al auditor o espectador. Los sociólogos se han explicado este aparentemente contradictorio resultado diciendo que el cúmulo de información que se recibe a través de la radio y la televisión actúa como estímulo para que se desee profundizar más sobre cualquier aspecto.

La verdad es que el libro siempre tuvo sus partidarios y detractores. Entre éstos últimos, el filósofo griego Epicteto, quien se arrancó los ojos para no leer. Según Epicteto, la lectura limitaba su facultad de pensar, al recibir argumentos ya procesados de otros autores. El mismo criterio han manifestado quienes ven en la lectura una sustitución a la experiencia directa, considerando que la lectura da una experiencia de segunda mano que le resta validez. Quienes así piensan son los que hablan de la Universidad de la vida, contraponiéndola a la enseñanza en el aula universitaria. Por último, no faltan, entre quienes abominan de los libros, los que argumentan que ellos crean fantasías y embelecen en las mentes que pueden llevar a perder la razón y, como ejemplo en apoyo de su ojeriza, citan un libro, *El Don Quijote*, y recuerdan cómo en el capítulo primero de la novela madre de la literatura hispana, Cervantes describe el quehacer del Caballero de la Triste Figura que lo llevó a sus desafortunadas aventuras... "se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio". Y, por cierto, que ningún buen padre de fa-

milia quisiera que le saliera un hijo Quijote. En todo caso, mejor sería un Pancho Panza, que era totalmente iletrado.

No obstante, los detractores de los libros están en franca minoría. Tanto que la lectura se supone un hábito de gente superior y la posesión de libros da status social. Así es como solemos encontrarnos con bibliotecas enteras, de pared a pared, con sus lomos bien empastados, pero con sus hojas de una virginidad que envidiaría una tía solterona. De esas bibliotecas, el novelista Alphonse Daudet solía decir que debían llevar un rótulo semejante al de ciertos remedios farmacéuticos: "Sólo para uso externo".

En cambio, los que amamos los libros, sabemos ver en ellos el compañero y amigo al que se recurre una y otra vez, el consuelo de las horas tristes, el activador del pensamiento, el cofre donde se guardan ideas, imágenes, pensamientos y experiencias demasiado preciosas para darles una vida fugaz. El valor de un libro se aprecia no cuando él se lee, sino cuando lo releemos, cuando reparamos en los párrafos que hemos marcado un día y en el que nos reconocemos en lo que fuimos y, casi siempre, ya no somos.

Para el adicto a la lectura no hay fragancia semejante a ese olor de imprenta que desprende el libro nuevo, ni placer más sutil que el abrir sus páginas impolutas. En él encontraremos cualquier cosa: conocimiento, fantasías, datos, razonamientos falaces o rigurosos. Y si bien sabemos que no todo libro es bueno, podemos pensar como el Bachiller Sansón Carrasco, en sus conversaciones con Don Quijote, que "No hay libro tan malo, que no tenga algo de bueno".

Por eso, el resultado de la encuesta europea debe ser celebrado por bibliófilos y lectores. Contra todo lo que se pensaba, aún estamos... ¿Cómo se dice ahora?... en onda.

PARTIQUINO